

¡A las penas, puñalás!

Faltaban unos minutos. Necesitaba ir al aseo. Entré sola. Delante del espejo, mi rostro.

Cuánto tiempo había pasado y sin embargo las heridas aún sangraban. Pero todo se había descubierto. Y yo sin saberlo. No era consciente. Intuía que era del pasado, de mi infancia. No conseguía verlo. Todo era oscuro. O no podía. O no quería. No tendría fuerzas. No estaba preparada. Todo tiene su tiempo. Todo llega en su momento.

Fue a partir de aquellas sesiones. Se abrió el melón. Las largas conversaciones con mi amiga. Y sus vídeos, sobre emociones, la felicidad, la gestión de lo que nos ocurre. Así conocí a Núria, una psiquiatra, una mujer inteligente, una profesional que había transformado la medicina de la mente. Entre las dos abrimos puertas. Ella estaba también allí, esperando fuera, en el pasillo. Yo seguía dentro.

Tuve que asistir a su consulta ya de forma urgente. Entré sin saberlo en una depresión. Tanto guardar. Tanto callar. Tanto esto que no lo sepa ni tu mano derecha. Tantos trapos sucios lavados en casa. Una depresión de caballo. De esas de muchos "pan". Sí de pastillas del limbo. Ella me ofreció charlar, pasear, playa, vida saludable y alguna ayuda de medicina natural.

Yo la mujer fuerte y valiente, ejemplo de todos, no me lo esperaba. Aunque en mi fuero interno sospechaba que un día u otro llegaría. Algo había dentro de mí que no era capaz ni de ver. Preguntas sí. ¿Por qué siempre buscaba hombres que fuesen como el padre protector? Complejo de Electra, decían. Y entre risas, lágrimas y copas de vino, lo dejé pasar. ¿Por qué siempre el mismo prototipo? Protección, protección, protección. ¿Educación? Muchas noches de filosofías entre amigas para salvar el mundo, mi mundo. Fueron años de tortura mental. Mi cabeza por un lado, mi corazón por otro. Tres por dos calles.

Demasiadas cadenas. Sogas que me ataban a ser una buena hija. Atenta siempre a lo que la familia necesitara. Enfermera. Cuidadora. Las hijas se crían para eso, decía mi madre. Los niños son más de la calle, de la vida. ¿Y mi vida?

Yo también ansiaba esa libertad. Pero ahí estaba, bonita, con una sonrisa y bien arreglada. Lista para triunfar. ¡Y a las penas, puñalás!

Además de ser, había que parecer. Qué martilleo. Y así año, tras año. Lo mejor, pude estudiar una carrera porque así se formaba una señorita. Y me casé. Y tuve que ser buena esposa. Y tener hijos. Y dedicarme a ellos. Y trabajar, ahora estaba de moda que las mujeres trabajaran fuera de casa, sobre todo si tenían estudios. Y ser feliz. Encontré un refugio en mi profesión, una huida. Y lo que tenía que pasar, pasó. Exploté.

La culpabilidad. No saber mantener un matrimonio. Malas influencias. Mala mujer, mala mujer. Y ese sentido de la responsabilidad. ¿Fueron las monjas? La niña tenía que ser la mejor. Y aprender de todo, desde geografía a bordar, pasando por...

Tuve que echarme agua fresca en la cara. Volví ipso facto al presente. Abrí el grifo y me eché una buena manotada de agua. Me daba igual el rimel. No llevaba. Había aprendido a quitarme las máscaras. Y más ese día. Iba a desenmascararlos. Por fin.

Alguien me requería fuera. Yo aún necesitaba unos minutos más a solas. Conmigo misma en aquel retrete frío y desolador, todos los fantasmas volvieron a mí. Me servirían. Los necesitaba. Me darían fuerzas.

La que me reclamaba era mi compañera de viaje. También me había acompañado. Llegó a mí en mi separación. Mi marido consiguió ser feliz junto a un hombre y yo junto a una mujer. Bienvenida la diversidad.

Los dos habíamos visto demasiadas pelis de Disney o del Oeste. Y leído aún más cuentos y tebeos de héroes y heroínas, príncipes y princesas.

Y mi Gloria estuvo ahí cuando se hizo la luz. Y cuando dejé el trabajo de gerente, el de tacones rojos y falda estrecha. Dejé de ser la ejecutiva que todos querían para orgullo de otros. Volví al campo y en el cortijo de la abuela, monté un hotel retiro para mujeres y niñas en proceso de sanación. Personas que pasaban o habían pasado por lo mismo que yo.

El móvil sonó. Y su voz me hizo despertar. Estaba sentada en la taza del wáter. Y sonreí de oreja a oreja. Mi hijo, mi amado hijo. Por él, viví, vivo y viviré. Eso sí lo sentía en mi corazón. Ahí no había trampa ni cartón. Acababa de llegar. Él también quería estar a mi lado aquel día. Unos minutos más para cambiarme. Cosas de chicas, le dije. Estaba empezando. La menopausia. Otro castigo, pensé en su día. Perdería la belleza, la utilidad, la juventud. Ahora nadie me querría, me volvería gorda, triste, histérica. Cuánta mentira. Puro negocio. Igual que cuando me vino. No lo podía saber nadie. Un secreto más. Cuánta falsedad. La niña bonita desaparecía. Pues mejor.

Otra vez mi mente se calentaba. Cogí el móvil y a bailar. Terapia de lavabo. Soltar, soltar, soltar. Hoy era el día, no podía fallarme ni a mí ni a las que estaban en lo mismo. Abrí la ventana. Llovía y entraba aire fresco. ¡A las penas, puñalás!

Se oía gente. De todo. Solidaria. Curiosa. Llegó la hora. Tenía que salir. Y afrontar lo que tanto me había costado desvelar. Lo que tanto me había encarcelado. Abrí la puerta. Y ahí estaban Gloria, Núria y Carlos. Un abrazo colectivo y adelante.

Juzgado número 2. Había hasta prensa. ¿Otra noticia más de violencia de género? Más después de haber escrito ese libro. Y de refilón, los vi, a los tres. Mantuve sus miradas. Ya no les tenía miedo. Ahora sus caras estaban desencajadas de pánico. Mis dos

tíos y uno de sus amigos. Habían abusado de su niña bonita. No una vez. Muchas. Empezaron de pequeña, muy pequeña. Y siguieron en la infancia y en la adolescencia. Y yo callar. Porque si no, mi padre los hubiera matado.